

EL ANTIPALOMAS

DE ENRIQUE OLMOS

PRÓLOGO

En una especie de turbulenta convención con personas del arte teatral español y estudiantes ávidos de polémica, tuve la ocurrencia hace ya bastantes años, de decir que el teatro infantil, hoy llamado teatro para la infancia, era un negocio que tenía poco que ver con la destreza escénica y mucho con las industrias de la distracción. Como era de esperarse, se me fueron a la yugular más de un enterado y encantadoras profesoras obsesionadas en corregirme.

De entre toda esa retahíla de consejos y nombres de autores y grupos me llevé una lista de gente de la que rescaté un título que me pareció prodigioso: *dios es un bicho*, así con minúscula, así con ternura y blasfemia. Qué título más urgente, pensé. A mí, que me acusaron de blasfemia y me encarcelaron por eso.

Y así fue como busqué el libro (que no había) y después de un tiempo el propio autor me remitió un manuscrito que me hizo darle la razón a los quejosos de mi desprecio. Hay al menos uno, un dramaturgo que escribe para críos desde la impertinencia y el sufrimiento. ¿Acaso hay mayor sufrimiento para un niño (o niña o niñe) que pensar en la imposibilidad de dios?

Si para uno de viejo, es algo incomprensible, no puedo ni imaginar en alguien que apenas se asoma al mundo y además de inmediato lo llaman pecador, le integran una serie reglas y le dicen qué cosa es lo bueno y qué es lo malo.

Desde aquella lectura supe que había encontrado a un autor cuya obra está en consonancia con la búsqueda de las pequeñas y onerosas revoluciones, las de la mente. Y después me remitió su obra *El AntiPalomas*, escrita especialmente para la Compañía Nacional de Teatro de México. Lo primero que pensé fue que la Compañía Nacional de Teatro de México tenía mucho que enseñarle a otros grupúsculos parecidos, que no se atreven a explorar el absurdo tal y como lo hace en esta formidable pieza el autor, donde un edificio habla y desconfía a las palomas, como yo, que también hablo y desconfío de las palomas.

Ahí me entregué por completo a su literatura que ahora este mensaje austero recomiendo.

Fernando Arrabal

París. Marzo 2025

EL ANTIPALOMAS

HISTORIA MULTIFAMILIAR

DE

ENRIQUE OLMOS DE ITA

QUIÉNES

Salma/37 años, madre de Renata.

Renata/10 años, ¿hija única?

Mauro/39 años, padre de Renata.

E/Multifamiliar. Cuenta predial: 153-511-19-000-71 Superficie del predio: 3,104.00 m²

Vitamina/Gata oscura, perezosa y acaso buena cazadora.

Uriel/Mejor amigo de Renata.

Vigilante/Trabaja en la puerta del despacho de arquitectos de Mauro¹

Como incidentales una **Cuenta** en ~~twitter~~ X², un corifeo que es una **hinchada** loca de futbol y muchas sucias **palomas**.

CÓMO

Voces entre un *timeline* anecdótico, cantos y los peores chistes posibles.

CUANDO

Entre ayer y hoy, acaso mañana.

DÓNDE

En una urbe más airosa que bella pero que tiene un bonito estadio de fútbol.

POR QUÉ

Porque queremos encontrarnos con los pubertos.

Es decir, la obra se debe presentar a públicos de primaria alta y secundaria. No a personas menores de nueve años (importante).

¹ Vitamina y la Vigilante de seguridad pueden ser interpretadas por la misma persona.

² Se puede interpretar o desarrollar de cualquier forma, desde el más concreto naturalismo hasta lo abstracto. Libertad absoluta.

—I—

Se escucha que se azota una puerta.

E. A veces dejan una ventana abierta en sus departamentos, no la del baño, que es pequeña y no me importa. Pero una ventana grande sí, eso me fastidia. Mucho.

Y cuando es la puerta principal me pongo furioso.

Debo cerrarla abruptamente, me da igual quien sea el inquilino o la hora.

Es como si a ustedes se les quedara sin cerrar un botón de la camisa. O peor aún, el orificio ese raro que llevan en el pantalón.

Uno tiene derecho a la intimidad. ¿No?

También derecho al silencio y al buen gusto, que no es menos importante.

Por ejemplo: tengo este inquilino que pone una música horrible. “Música” que básicamente es ruido y gritos desaforados.

Lo sé, soy un clásico. No me molesta ser intolerante al sonido desagradable: por esa razón le quemé una computadora. Si insiste en esa horrible “música” le voy a reventar la bocina también.

¿Quieres escuchar ese ruido espantoso adentro de mí?

¡Usa audífonos!

O te puede ocurrir lo mismo que al jovencito que estudiaba batería, primero le escondí las baquetas detrás de su cama y después, ante la insistencia, tuve que provocarle quemaduras de segundo grado en las manos.

Un cortocircuito con la cafetera: “Un accidente”. “Cosas que pasan”.

Imbécil.

Las personas, es decir, los inquilinos, cuando ocurren este tipo de “siniestros”, piensan que son inexplicables subidas de voltaje o casualidades desafortunadas.

No. Generalmente detrás de cualquier accidente doméstico, estoy yo, es decir, estamos nosotros: los edificios, casas o construcciones.

Aunque debo reconocer que hay algo peor que los inquilinos ruidosos o distraídos. Mucho más terrorífico e incontrolable. Lo peor de lo peor: las palomas.

Y más cuando se posan encima de mí. O buscan hacer sus asquerosos nidos en mis huecos.

Y me cagan encima. Y me revolotean. Y me pisan.

¡No, fuera! Fuera de aquí... ¡Vayan a otro lugar!

¡Auxilio! ¡Ratas voladoras!

¡Fuera!

Entra corriendo Vitamina.

Renata. ¡Vitamina! ¿A dónde vas?

Vitamina. Sucias... Pájaros gordos y feos...

Renata. ¡Vitamina, ven ahora mismo! ¿Qué haces?

Vitamina. No vuelen, cobardes... ¡Cerdas pajarracas inmundas y despreciables!

Renata. ¡Vitamina!... Ten cuidado... Por favor...

Vitamina. Así las quería ver, asustadas... ¡Hasta la victoria, siempre! Las atraparé, malditas, lo juro por los Thundercats.

E. Este michi me cae muy, muy bien. Gracias...

Renata. ¿Quién dijo eso?

Vitamina. ¡No sé!

E. ¡Soy yo!

Renata. ¿Quién eres? ¿Una paloma?

Vitamina. ¿Cómo te va a dar las gracias una paloma, Renata? Si me temen. Además las palomas no hablan. Solamente hacen ese sonido horrible...

E. Zurear, se llama zurear.

Renata. ¿Quién dijo eso? Estamos armadas, eh...

E. Zurear es el sonido que producen las ratas aladas, también llamadas palomas o pichones, que pareciera que tienen la garganta hecha de madera con esos sonidos roncós y guturales... Guahgg... Se me ponen las paredes de piel de gallina con recordarlas...

Renata. ¡Dinos quién eres!

Vitamina. Mejor vámonos, Renata... Esto da miedo.

E. Esperen... Soy el edificio. Su edificio.

Vitamina. ¿Quién?

E. Su edificio, el E. Ustedes viven en este multifamiliar, al lado del F y enfrente del A.

Renata. ¿Tú, hablas?

E. Claro...

Vitamina. Qué raro, raro. ¡Vámonos! ¡Ya!

E. Ah, es raro que yo pueda hablar, pero que un gato hable sí es de lo más normal.

Vitamina. Soy gatita y claro que es normal, ¿en qué mundo vives? Los michis hablamos todo el tiempo.

Renata. Ella es Vitamina... Y yo soy...

E. Renata. Ya lo sé. Llegaron hace poco a vivir adentro de mí.

Renata. El edificio anterior no hablaba.

E. Seguramente sí, pero no lo sabías escuchar. No todos somos parlanchines, hay algunos tímidos, otros dramáticos y apáticos; los más viejos solamente se quejan.

Vitamina. ¿Entonces tú ves todo lo que hacemos?

Renata. ¿Eres como dios o qué?

E. Casi. Por ejemplo, noto cuando caminan encima o adentro de mí, cuando abren una ventana, me barren o me pintan el cuerpo, también cuando me reparan una fuga de agua o cuando afilan sus uñas en mis alfombras...

Vitamina. Ah... Perdón.

E. Y también cuando vienen hasta mi cabeza y asustan a las palomas. Gracias por eso.

Renata. ¿También las quieres atrapar?

E. ¿Atrapar? No, no tengo manera. ¡Las quiero lejos de mí! Son altamente destructoras.

Vitamina. Y bobas.

E. Pero sobre todo destructoras: sus heces generan suciedad que erosiona mi azotea y obstruyen las tuberías y dañan las fachadas...

Renata. Wow... No sabía.

E. Además de la suciedad que producen, las palomas también pueden propagar y transmitir alrededor de 40 enfermedades como la ornitosis o la salmonela y facilitan la aparición de plagas de insectos...

Vitamina. Ay, no. Entonces no las quiero atrapar. ¡Son horribles!

E. Son monstruosas. ¡Eso es lo que trato de decir! ¡Por fin alguien me entiende!

Renata. Ay, relájense. Solamente son unas hermosas y distraídas aves...

E. Son plaga.

Vitamina. ¡Son plaga, Renata! Escucha... ¡Plaga!

Renata. Plaga inofensiva...

E. Eso crees tú, para nosotros son lo peor. Por eso, entre los edificios tenemos prometido que cuando identifiquemos a los inquilinos que las alimentan, pues “accidentalmente” se van a resbalar en la ducha, van perder algo más que calcetines en la lavadora, sus llaves desaparecerán o quizá les caiga encima un librero... ¡Idiotas!

Renata. Qué miedo... Nunca voy a alimentar a las palomas.

E. ¡Eso espero! Los alimentapalomas son nuestros enemigos.

Vitamina. Mejor regresemos al departamento, Renata. ¿Y si me quieren matar las palomas? ¿Serán vengativas? Temo por mi vida...

Renata. No, Vitamina. Vamos a quedarnos a leer aquí. No seas cobarde...

Vitamina. ¿Y si las palomas regresan y me picotean?

Renata. Pues las ahuyentas. Para eso tienes colmillos y garras. Y mal aliento.

Vitamina. No, mejor tú las ahuyentas. Yo estoy chiquita.

E. ¿Y por qué vienes a leer hasta aquí arriba, niña?

Renata. Porque no hemos desempacado: la casa es un desastre. Y para leer mis novelas de Agatha Christie necesito un sitio cómodo.

Vitamina. Hay cajas y bolsas con cosas en los pasillos, encima de otras cajas y bolsas; todo es desorden, caos. Por ejemplo, no sé dónde puso Salma mis juguetes. ¡Imagínate!

Renata. Ni los usas.

Vitamina. ...

E. ¿Salma es tu mamá, verdad?

Renata. Sí. ¿Ya la has visto?

E. Sí, sentido. Al que no he sentido es a tu papá...

Renata. Está trabajando, lejos; aún no viene. Pero el fin de semana llegará y vamos a ir el lunes al estadio. Siempre que hay partido de local, vamos.

E. Ahh... Desde aquí escucho al estadio cuando hay un gol, es un señor magnífico y orondo.

Renata. ¿De verdad? Me encanta ir al estadio de fútbol con mi papá.

E. ¿Y te gusta vivir en este lado de la ciudad?

Renata. Creo que sí. La escuela está más lejos pero el estadio más cerca. Y la casa de Uriel sigue quedando a mitad de camino.

E. ¿Quién es Uriel?

Vitamina. Uriel cuenta los peores chistes del mundo, te advierto.

Renata. Es mi mejor, mejor amigo. Quiere ser comediante. Pero no es muy bueno.

Vitamina. Es un niño hiperactivo, también te advierto.

Renata. Más bien era hiperactivo. Ahora lo tienen controlado con medicamento.

E. Vaya. ¿Es de los niños que muerden las paredes y gritan?

Renata. Era... Pero ya no. Ahora decidió que será comediante y no superhéroe.

E. ¿Y vendrá a visitarte?

Renata. Sí, siempre viene a mi casa cuando su mamá no sabe qué hacer con él.

Revolotean palomas.

Vitamina. Ahí vienen las palomas asesinas... ¡Y con refuerzos! Nimodérrimo, me les voy a mi casita...

E. ¡Fuera, engendros!

Renata. No te vayas. Vitamina... ¡Espérame!

E. ¡No me dejen solo con los monstruos!

Renata. Seguro podrás sobrevivir... Nos vemos luego E. Y qué edificio tan bonito eres...

E. Gracias, niña Renata. ¡Pero no demoren mucho en volver!

Corren.

Vitamina. ¡Renata, corre! ¿Te imaginas que una paloma entre por la puerta de la azotea y vuele escaleras abajo y nos persiga hasta el departamento? Ay, no. ¡Nuevo miedo desbloqueado, nuevo miedo desbloqueado!

Renata. Tranquila, Vitamina... Ya voy...

@salmona88

No puedo creer la cantidad de cosas que salen en una mudanza; última vez que me cambio de departamento...

Pero bueno, ya estamos instalándonos. Vitamina y Renata han estado explorando toda la semana el edificio nuevo, pronto será un verdadero hogar sólo para nosotras.

—II—

Con uniforme, sentados en la banca de un patio de escuela.

Renata. Tengo que contarte algo muy incre, pero muy, muy incre.

Uriel. Ah, yo también tengo que contarte algo que pasó ayer, pero no es tan incre.

Renata. ¿De qué te pusieron el lunch hoy?

Uriel. Mi mamá vació una lata de atún encima de varias galletas Marías.

Renata. Buaghh... ¿Quieres de mi sándwich?

Uriel. Sí, ¿de qué es?

Renata. De tres quesos, como siempre, somos vegetarianos.

Mastican.

Uriel. Mmmm... Buenísimo, qué sazón tiene tu mamá. Es una diosa esa señora.

Renata. Siempre dices lo mismo Uriel, sólo es un sándwich.

Uriel. A ver, a ver, ¿cuál es la fotografía preferida por los panaderos?

Renata. ¿Cuál?

Uriel. La pan-orámica.

Renata. No es bueno...

Uriel. ¿Y qué país hace el mejor pan?

Renata. No sé, cual...

Uriel. Pan-amá...

Renata. Cada chiste es peor que el anterior...

Uriel. A ver, ¿tú sabes cómo estornuda un tomate?

Renata. No.

Uriel. ¡Caaaatsuup!

Renata. Ay, Uriel...

Uriel. Te reíste. Acéptalo. ¡Soy el ganador, soy el ganador! ¿Ganador? Yo.

Renata. No eres el ganador, son tan malos tus chistes que a veces son buenos. Y ya.

Uriel. Soy el mejor comediante de toda la historia del mundo mundial. Aplausos.

Renata. A ver, tengo que contarte algo incre que pasó ayer.

Uriel. Parlotea...

Renata. Mi nuevo edificio habla.

Uriel. ¿Qué?

Renata. Así: como tú y yo. Habla, parlotea como dices tú. Vitamina y yo subimos a leer a la azotea y nos dijo cosas. Además le tiene pavor a las palomas.

Uriel. Ja... ¡Qué zopenco!

Renata. Oye, ¡no le digas así, es mi amigo!

Uriel. No puedes ser un edificio y que te den miedo las palomas, es como si eres luchador libre y te dan miedo las máscaras o manejas un autobús escolar y te dan miedo los niños que vomitan.

Renata. Ay, qué asco. No te proyectes. Además, cualquiera puede tener una fobia.

Uriel. Sí tú lo dices... Y obvio que los edificios hablan. ¿No te habías dado cuenta?

Renata. No. ¿Tú sí?

Uriel. Sip. Cuando crujen, rechinan o se mueven por los camiones que pasan rápido.

Renata. No, no es ese tipo de sonidos. Él habla de verdad.

Uriel. Pues voy a tener que ir a tu casa nueva a comprobarlo y de paso a comer algo riquísimo que haya preparado la señora Salma.

Renata. A mi mamá no le gusta que le digan señora. Pero sí, yo creo que el lunes en la noche puedes venir al partido conmigo y con mi papá.

Uriel. Uy, no puedo, tengo ensayo de flauta transversal.

Renata. Qué aburrido... Mira, el equipo va muy bien, pero es un juego difícil, contra las diablas rojas... Si ganamos aseguramos pase a la semifinal, el partido de ida fue un empate... Y seguro en nuestra casa ganamos, eso dice mi papá...

Uriel. Ah, de eso te quería contar algo. Me pasó ayer una cosa rara, rara, rara.

Renata. ¿Qué?

Uriel. Vi a tu papá. Fui a comprar zapatos con mamá y él estaba en el centro comercial, pero cargando a un bebé y había más gente con él, pero no estaba la no-señora-Salma.

Renata. ¿Qué dices?

Uriel. Bueno, no sé si era tu papá. Aunque yo digo que sí.

Renata. No creo, él está de viaje, tiene mucho trabajo.

Uriel. Sí, eso pensé. Pero además lo saludé y no me regresó el saludo. Y claro que me vio, de hecho toda la plaza me vio porque hice un poquito de berrinche porque esos zapatos eran feos, feos, pero mi mamá dice que debo usar ortopédicos ahora.

Renata. Te desvías, Uriel. No era él.

Uriel. Bueno... Pues nada más fíjate si ves algo raro.

Renata. ¿Cómo que raro?

Uriel. Estoy casi seguro que era él.

Renata. ¿En qué porcentaje?

Uriel. En un... 91.7%.

Renata. Pues yo en un 99% estoy segura que no era él.

Uriel. Pues investiga ese uno por ciento. Con todo lo que lees de Agatha Christie podrías ser detective. ¿Qué tal que encuentras algo?

Renata. No voy a investigar a mi papá, no seas bobo.

Uriel. Como quieras. Yo cumplí con informar.

Renata. No sé porque dices esas cosas...

Uriel. Ah, bueno... Perdón... Quizá me confundí.

Renata. Quizá no, seguro... Bobo.

Uriel. Mejor te cuento un chiste: Papá, papá en la escuela me llaman despistado. "Niño, esta no es tu casa, no soy tu papá y vete de aquí".

Renata. ¿Es chiste o es anécdota?

Uriel. Un poco de esto, un poco de aquello...

Renata. ¿Qué trajiste para leer?

Uriel. Me compraron en la tienda de segunda mano unos cómics viejos que están geniales. Huelen a que tienen como cien años. Mira...

Renata. La fa-mi-lia Bu-rrón. No los había escuchado...

Uriel. Son más viejos que la sopa. Pero están divertidos. ¿Y tú?

Renata. Yo traje El enigma del faraón, de Agatha Christie. Muy, muy incre.

Uriel. Suena aburrido...

Renata. "Suena aburrido". No tienes ni idea de misterio. Tú lee tus dibujitos.

Se acuestan en el suelo para leer.

—III—

Un padre y su hija vestidos para la ocasión.

@salmona88

Mi hija va con su papá al estadio y se divierten muchísimo y así yo puedo estar tranquila un rato, aprovecho ese tiempo libre para mí, lo mismo que cuando se va a pasar unos días con mi mamá: ser alguien más que una mamá. Aunque me habría gustado haber pasado más tiempo con mi papá. Pero eran otras épocas, por ejemplo, ni liga de fútbol femenino había.

E. Recuerdo cuando construyeron el estadio nuevo, en esa zona de la ciudad solamente había terrenos baldíos y enfrente la central de autobuses. Nada más.

Desde aquí escuché cuando lo inauguraron, cuando el equipo descendió a la segunda división, cuando ascendió, cuando ganó el primer campeonato y la gente fue caminando hasta él en plena madrugada en pleno invierno. Lo mismo con el resto de victorias y campeonatos.

Cómo ha cambiado la vida de tantas personas ese equipo. Pusieron banderas en mis ventanas y a nosotros nos pintaron en blanco con ribetes en azul por todo el interior.

Se han llorado dentro de mí victorias y derrotas. Y me gusta cuando el equipo anota un gol porque tiran pirotecnia y las palomas se asustan: salen volando. ¡Las muy cerdas! ¡Las muy asquerosas! ¡Gooooo! ¡Fuera de aquí! ¡Vayan a dormir a otro edificio!

¡Shuuu! ¡Shuuuu!

Bueno, ahora parece normal, pero cuando yo nací esta ciudad fea no tenía un estadio tan bonito ni un equipo importante. ¡Tampoco había tantas ratas voladoras! Entre más gente llega más palomas hay. ¡Fuera!

A veces se nos olvida que las cosas o las personas no siempre estuvieron ahí, que algo tuvo que nacer, crecer o llegar. Y entonces veo a mi más reciente inquilina y a su padre que salen hacia el estadio con las bufandas del equipo, nuestro equipo.

Vaaamos, vaaamos tuzas, vamos a ganar, que esta banda no te deja de alentar, yo te sigo a todas partes a donde vas y cada vez te quiero más...

Mauro. La luz de un estadio de fútbol es diferente. Venir de noche es sentir esa luz que te abraza, porque no es lejana como la del alumbrado público, ni amenazante como la luz de la luna, ni tampoco se parece a la luz artificial de una casa. Esta luz te bordea, te dibuja, te completa. Es como la luz que utilizan en el cine o en la televisión para que todo se vea pulcro, para que la vista llegue hasta el fondo del estadio, que se pueda ver cada centímetro de la cancha, cada jugada, cada pasto que se levanta cuando una rodilla raspa el suelo.

Y cómo no te voy a querer, y cómo no te voy a querer, si mi corazón es tuzo...

Renata. Voy a pensar toda la noche en la boca abierta de las jugadoras. En el brillo de sus labios, en los dientes asomando cuando gritan, en sus cabellos largos y de diferentes colores. Voy a pensar en cómo respiran, agitadas, en cómo aplauden cuando son

reemplazadas, en cómo festejan los goles, en cómo se abrazan. Voy a pensar en ellas. Voy a pensar en sus ojos, en sus piernas manchadas de pasto o tierra. Voy a pensar en ellas para no pensar en mi papá, ni tampoco en que perdimos el partido en el último minuto. No quiero pensar en eso. Me concentro en salir del estadio sin pensar tanto, pero no puedo, ¿cómo se hace para dejar de pensar?

Hasta la muerte, soy tuza hasta la muerte, soy tuza hasta la muerte...

Mauro. Caminamos cabizbajos mi hija y yo por el estacionamiento, antes nos comimos un paste cada quien. Llueve en esta noche fría, que se siente con mayor intensidad cuando el viento sopla y vaya que aquí sopla; tal vez por eso no hablamos mucho, por eso y porque perdimos, la derrota nos enmudece y vemos en el reflejo de los charcos a quienes apoyan al equipo rival, que van cantando y riendo, vemos cómo el asfalto se llena de personas en color rojo.

Esa pequeña multitud victoriosa ruge a nuestras espaldas mientras abrazo a mi hija de diez años hasta llegar al coche. La cabina del auto es un congelador y nuestras manos están entumidas de impotencia y frío. No importa, aún con ese cabezazo de la rival en la mente enciendo el motor y le doy un beso a Renata (le digo renacuaja de cariño). Venir con ella al fútbol, incluso en la derrota, es nuestro pequeño y sagrado ritual.

Volveremos, volveremos, volveremos otra vez, volveremos a ser campeonas, como la primera vez. ¡Tuzas! ¡Tuzas! ¡Tuzaaaas!

Mauro. ¿Estás muy triste, Ren?

Renata. Creo que sí.

Mauro. No te preocupes, las derrotas tienen revancha, siempre.

Renata. Sí.

Mauro. El próximo torneo será mejor, ya verás. Seguramente van a traer a mejores jugadoras... Pero está bien sentirse triste. La vida también es aprender a sufrir.

Renata. ...

Mauro. ¿Qué tienes Renacuaja? ¿Quieres llorar?

Renata. Nada pá, no es nada. Ya vámonos.

Mauro. Bueno...

Renata. Le digo “nada” pero quiero decirle todo. ¡Encontré una pista! ¡En su auto!

He aprendido leyendo las novelas de misterio de Agatha Christie que hasta no tener pruebas uno no debe hablar, solamente suponer, tomar notas. Estar en silencio.

Tengo lo siguiente: el testimonio raro de Uriel, que vio a mi papá con un bebé, y justamente un olor como a talco de bebé en el coche, viajes de trabajo cada vez más largos y un calcetín blanco que no es mío ni suyo, sino de alguien muy, muy pequeño. ¡Lo encontré tirado al abrir la puerta! También una de esas tarjetas de presentación que antes usaba: Mauro Rodríguez. Arquitecto y bla, bla, bla. Me regaló varias y las uso como separadores de páginas. Bueno, pues esto es sospechoso, muy sospechoso. Y triste. ¿Y si mi papá es mentiroso, traidor? ¿Por qué lo haría? ¿Por qué nos haría esto?

—IV—

Salma y Mauro preparan algo para comer.

@salmona88

Mi hija comenzó hace un año a leer a Agatha Christie. Y está fascinada; he tenido que pedirle algunas de sus novelas prestadas para ponerme al día, porque quiero tener temas de conversación con ella. Y la verdad me está encantando...

Salma. Por eso sus novelas enganchan, porque tratan algo cotidiano, sencillo, con un crimen o suceso por resolver y un círculo limitado a unos cuantos implicados: la víctima y un culpable en la sombra que debemos descubrir poco a poco, de la mano de uno o más detectives a través de pistas concisas, de pequeños guiños, detalles que develarán la verdad.

Mauro. Sí, así son las novelas de Agatha Christie, por eso se convirtió en una de las autoras más leídas.

Salma. Y la favorita de Ren.

Mauro. Que ahora es lectora compulsiva, quién lo diría... Sí, entiendo cómo funciona la novela policial, pero reconoce que hay mejores novelas o series que Agatha Christie.

Salma. Quizá. Pero ella es la pionera. Y le encanta. ¿Te acuerdas que a Renata no le gustaba leer?, En la escuela se aburría mucho. Pero mucho.

Mauro. Decía: “para qué tengo que aprender a leer si la inteligencia artificial podrá hacerlo por mí”. ¿Te acuerdas?

Salma. Sí, claro. Fue complicado, porque no solamente no quería leer sino que le costaba trabajo concentrarse...

Mauro. Hasta que su papá comenzó a leerle un cuento todas las noches.

Salma. Ya... Pero no un cuento convencional, eso no. Porque el papá siempre quiere hacerlo a su modo.

Mauro. Los cuentos de terror de Edgar Allan Poe: el suspenso, la sangre, el miedo.

Salma. El misterio, qué obsesión con eso.

Mauro. Pero así se nos hizo una súper lectora de Agatha Christie. De nada.

Salma. A veces pienso que no es que a los niños o niñas no les guste leer, solamente tienen que encontrar qué les atrae... Qué les eriza la piel, qué les fascina.

Mauro. En ella es todo lo que tiene que ver con criminalidad, misterio, oscuridad. Y ya está empezando a leer cosas de vampiros, sangre, vísceras. Ojo...

Salma. Sensacionalismo también. Por tu culpa. Desde ese día que fueron al centro y regresó con revistas de nota roja. Fuiste tú quién la indujo...

Mauro. No puedo decirle que no.

Salma. ¡Pero recorta del periódico las noticias más escalofrantes, Mauro!

Mauro. Sí. Casi toda la sección policial... Es la mejor.

Salma. Y con esas notas hace conjeturas, como si fuera una detective.

Mauro. Es una detective, ojo.

Salma. Y además todo alentado por su fiel patito.

Mauro. ¿Uriel no era el niño hiperactivo?

Salma. Sí. Hasta que empezaron a darle tratamiento psicofármaco, para tranquilizarlo... Pasó de ser apocalíptico y de correr y subirse a todos lados, de perseguir a Vitamina y de

gritar a concentrarse en memorizar los peores chistes. Algunos son tan malos que son buenos.

Mauro. Ninguno es bueno, pero ahora es buen chico. Y silencioso.

Salma. Sí... Más o menos...

Salma entra con una bandeja a la habitación donde Uriel y Renata están recortando revistas.

Salma. ¿Qué hacen?

Renata. Un collage.

Uriel. Recortando noticias espeluznantes y paranormales.

Salma. Aquí está una merienda, papás hervidas y cubitos de pepino con zanahoria rayada y limón con sal.

Uriel. Qué rico.

Salma. ¿Quieren que les prepare agua fresca?

Uriel. Sí, sí, por favor. Sí queremos. Con azúcar, por favor, por favor, plis.

Salma. Con un poquito de azúcar, nada más.

Renata. ¿Todavía no te dejan probar azúcar en tu casa?

Uriel. No, por eso vengo a este lugar revolucionario y lleno de libertades.

Salma. Pero no nos vayas a acusar con tu mamá.

Uriel. No, claro que no... Yo no digo nada.

Salma. Bueno... ¿Horchata o Jamaica?

Uriel. ¡Horchata!

Renata. ¡Jamaica!

Salma. Tamarindo.

Mauro entra.

Mauro. ¿Siguen recortando noticias?

Renata. Ajá.

Uriel. Sip.

Mauro. Bueno... Me voy... Te quiero renacuaja.

*Salma y Mauro salen por diferentes lugares. Renata busca un libro que está debajo de
Vitamina que duerme y apenas se estira.*

Renata. Uriel... Ven.

Uriel. ¿Por qué hablamos así?

Renata. Para que mi mamá no nos escuche.

Uriel. Creí que era para no despertar a Vitamina.

Renata. No, ella puede dormir profundamente en un huracán... Oye, ¿te diste cuenta?

Uriel. ¿De qué?

Renata. Mis papás no se despidieron. Antes se daban un beso.

Uriel. Ah, no vi.

Renata. Creo que tenías razón.

Uriel. En qué...

Renata. En lo de mi papá y en haberlo visto con un bebé.

Uriel. Creo que nunca antes había tenido razón en algo. Se siente muy incre. Es mejor que contar un chiste. ¡Wow!

Renata. Para mí es triste...

Uriel. Sí, perdón... ¿Le preguntaste directamente?

Renata. Obvio no. Solamente estoy haciendo suposiciones detectivescas, recuerda lo que dice Miss Marple...

Uriel. Ah, la detective esa loca de Agatha Christie, ya sé.

Renata. “Nunca nada es lo que aparenta ser” Y mira...

Uriel. ¿Por qué guardas un calcetín en un libro? ¿O no es un calcetín?

Renata. No es un libro normal, es *Y no quedó ninguno* de Agatha Christie. Aquí escondo la principal prueba: este calcetín estaba en el coche de mi papá ayer.

Uriel. Parece de un bebé...

Renata. ¡Obvio!

Uriel. O de un enano.

Renata. ¡Claro que no!

Uriel. ¿Ya podemos hablar normal?

Renata. ¡No!

Uriel. ¿Crees que tu papá tiene otra familia?... Qué fuerte.

Renata. Es probable, muy probable. Casi nunca está, tiene mucho trabajo según él... Y ya no es cariñoso con mamá... Viene poco. Y...

Uriel. ¡El calcetín! Sería de su otro hijo...

Renata. Exactamente.

Uriel. ¿Entonces tu papá estaría traicionado a tu mamá con otra persona?

Renata. Sí.

Uriel. Ya me puse triste también.

Renata. Así me siento. Tenemos que indagarlo todo.

Uriel. Sí... Pero a ver, tratemos de darle una explicación: ¿Qué tal que tu papá tiene un hermano gemelo que no conoce? ¿O estaba trabajando para una película de bajo presupuesto en la que actúa de un señor que tiene un bebé? ¿O qué tal que en su tiempo libre cuida bebés? ¿O quizá vende ropa para bebés y ese niño era su modelo?

Renata. Puede ser... Aunque no es creíble. Esto me tiene la cabeza confundida.

Uriel. Oye, ¿cuál es el único animal que anda con los pies en la cabeza?

Renata. ...

Uriel. ¡El piojo!

Renata. ¿Por qué haces un chiste ahora?

Uriel. No sé, cuando estoy nervioso o confundido eso hago.

Renata. ¿Sabes quién nos va a ayudar?

Uriel. ¿Dios? Yo no creo en él, pero tengo un primo que sí.

Renata. No, no. El edificio. ¡Venga! ¡Corre!

Los niños corren hacia la azotea; Vitamina lentamente detrás.

Renata. Hola edificio... ¿Hola? ¿Estás despierto?

E. Me llamo E.

Uriel. ¡Si habla! Wow... ¡Qué loco! ¡Ni en mis mejores sueños!

Renata. Te dije...

E. ¿Y este quién es?

Renata. Mi amigo Uriel, ya te habíamos hablado de él.

E. Ah, el de los chistes, que antes era hiperactivo, con déficit de atención y todo eso.

Uriel. ¡Oye Ren!, no tienes que contarle mi vida a extraños.

Renata. Solamente te estoy haciendo famoso.

E. ¿Y tu gatita no viene? Andan por ahí unas palomas violentísimas que quieren acabar conmigo... ¡Míralas! ¡Tienen fuego en su mirada!

Renata. Sí, ya viene. Solamente que estaba durmiendo la siesta.

E. ¡Fuera de aquí sucias palomas! ¡Lleven sus enfermedades a otros multifamiliares! Ahora viene el felino más temido del barrio y no tendrá piedad con ustedes.

Uriel. También era cierto que odia a las palomas... Fantabuloso...

E. Ellas me odian más a mí.

Uriel. A ver señor E, ¿cómo se llama el arquitecto más famoso del mundo, el que más viviendas, puentes, pisos y residencias ha construido?

E. A ver, déjame ver... Quizás Gustave Eiffel, Antonio Gaudí, Oscar Niemeyer...

Uriel. No.

E. Entonces es... ¿Santiago Calatrava? ¿Julia Morgan? ¿Luis Barragán?

Uriel. Nop.

Renata. Ni te esfuerces, es sólo un chiste bobo.

E. Me rindo, ¿quién es el arquitecto más famoso del mundo?

Uriel. Pues Armando Casas.

Carcajada de E.

E. Es buenísimo... Ay, no... Qué maravilla... Hasta se me aflojó un barandal de la risa.

Renata. ¿Qué? ¿Te estás riendo de verdad de un chiste de Uriel?

Uriel. ¡Es el mejor día de mi vida!

Entra bostezando Vitamina.

Vitamina. ¿De qué se ríen?

E. El niño raro contó un chiste buenísimo.

Vitamina. ¿Qué? Nahhh, eso no es posible... No me quieran tomar el pelo, está bien que voy despertando, pero...

E. Es un maldito genio... Se lo voy a contar a toda la unidad habitacional.

Uriel. Gracias, gracias, gracias amado público. Ha sido un largo trayecto para llegar hasta este momento...

Renata. A ver, ya. Tenemos poco tiempo y necesitamos tu ayuda.

E. ¡Claro que sí!, pero primero dile a tu gatita que persiga a esas inmundas. Mira, me atacan por la retaguardia. ¡Fuera!

Renata. ¡Asústalas!

Vitamina. Ay, no. Ya habíamos quedado que son infecciosas...

Uriel. Ayuda a nuestro amigo y fiel seguidor...

Vitamina. Se van solas, tranquilos. Fuera, fuera... Buhh...

E. ¿Qué necesitan?

Renata. Investigar.

E. ¿Qué o cómo?

Uriel. Es quién... A su papá. Creemos que tiene otra familia.

E. ¿En serio? Ya no se usa eso. Hace tiempo sí, pero ahora es muy complicado y además costoso... ¿Saben lo que cuesta mantener a dos familias? Nah...

Uriel. Yo lo vi cargando a un bebé.

E. ¿En serio?

Renata. Y yo encontré un calcetín de bebé en su coche, ayer.

E. Cuando fueron al estadio...

Renata. Sí, mira...

E. Bien escondido en un libro, como debe ser... Interesante... Oye minina, ¿puedes por favor rugir o hacer algo contra estas inmundas?

Renata. ¡Vitamina, ataca!

Vitamina. Ya voy, ya voy. Todo yo, Vitamina, ataca a las palomas, Vitamina, sé valiente, Vitamina despierta, Vitamina no te subas a la mesa, Vitamina no juegues con el papel higiénico, Vitamina no te escondas en los cajones, Vitamina no tires esto; todo yo...

E. Se me ocurre algo, pero es riesgoso para unos niños...

Uriel. Oye, no nos subestimes por nuestra edad.

Renata. Eso. Que tenemos derechos y garantías y más cosas...

E. Bueno... Pues se me ocurre... Aunque no sé... Podrían hablar con otros edificios, casas o cualquier tipo de construcción. Ellos sabrán si vieron algo. Nosotros dominamos la ciudad, conocemos sus rincones y a todos los habitantes que trabajan, duermen, comen, aman, lloran y rezan adentro de nosotros.

Uriel. ¿Tendríamos que ir de azotea en azotea o se les puede enviar como que un correo electrónico a todos?

E. De azotea en azotea.

Renata. ¿Y cómo cuantos edificios, casas, construcciones, hay en la ciudad?

E. A ver... Aproximadamente, cifras más o cifras menos, en esta ciudad un poco más de medio millón, sin contar los fraccionamientos nuevos que están haciendo en el sur...

Renata. ¿Medio millón?

Uriel. Eso nos llevaría toda la vida.

Renata. Imposible.

Uriel. ¿Pero tú no usabas como separador de páginas unas tarjetas de tu papá?

Renta. Ay, sí. Tarjeta de presentación, dijo... Y que ya nadie las usa.

E. Ahí debe venir la dirección de su trabajo. Y así saber a qué colega deben preguntar.

Renata. Sí, mira...

Vitamina. ¿Y de qué servirá todo eso?

Uriel. Podemos ir directamente a investigar con el edificio, Vitamina.

Renata. Aquí está... Despacho de Arquitectos. El nombre de mi papá... Y dice: Oficina comercial en...

E. Ah, una oficina. Me gustan las oficinas, son tan atractivas. Pulcras, bien iluminadas y solamente tienen gente en horario laboral. Qué fortuna. Qué privilegiadas son...

Vitamina. Renata, termina con esta locura. Sabes que no tiene sentido...

E. Tú ahuyenta a las aves demoniacas...

Aparece Salma súbitamente.

Salma. ¿Qué hacen aquí? ¿Y por qué dejan abierta la puerta de la casa de par en par?

Uriel. Tuvimos una emergencia.

Salma. ¿De qué?

Uriel. Ehhh... Descubrí que soy claustrofóbico. Y tuvimos que subir a tomar aire.

Salma. ¿Y por qué no abrieron una ventana?

Uriel. Por Vitamina, es peligroso.

Renata. No se nos ocurrió.

Salma. Están muy raros y mentirosos. Vamos al departamento, no tienen nada qué hacer en esta azotea que es solamente para colgar ropa... Está su merienda y el agua de tamarindo esperando...

Renata. A Vitamina le gusta venir a ver a los pajaritos.

Salma. Claro que no, esta gatita es perezosa y solamente quiere dormir y arañar muebles... ¿Verdad, bonita? Bueno, abajo todo el mundo.

Bajan.

Renata. Adiós y gracias, eh.

Salma. ¿Con quién hablas?

Renata. Ah, con las palomas... Son tan bonitas, ¿no? ¡Gracias por existir!

Salma. Estás loca, Renata. Son sucias...

—V—

Como en una actuación de stand up con la música e iluminación del caso.

Uriel. Hola, hola... ¿Cómo lo están pasando el día de hoy? ¿Ustedes saben cuál es el idioma de las tortugas? ¿No?... El tortugués.

Sale un gusano y le dice a otro: Oye, ¿quieres dar una vuelta a la manzana?

Al parecer hoy tenemos un público exigente. A ver, por ejemplo, ¿quién es padre del Príncipe azul? Pues el blue rey....

¿Y si los zombies se degradan con el paso del tiempo son biodegradables?

¿No? Este sí es bueno (espero): ¿Qué dice una cereza cuando se mira al espejo? ¿Seré esa?... A ver, mejor les cuento algo que ocurrió hace poco: Detuvieron a un ciego por un robo, pero enseguida lo soltaron porque no tuvo nada que ver.

¿Eh? ¿Qué tal? ¿No?

Bueno, ahora que tengo su atención, quiero decir que yo sólo seguí el plan. No se me puede culpar. Es decir, lo que Renata y yo imaginamos se cumplía a la perfección (o casi):

1. Esperar un poco antes de que sonara la campana del recreo.
2. Acercarnos a la puerta.
3. Distraer a la portera con mis magníficos chistes.
4. Que Renata llegue gateando mientras hago mi rutina.
5. Sonaba la campana del recreo y ella abría de inmediato la puerta.
6. Escapaba.
7. Decirle después a la maestra Alicia que Renata había ido al baño y esperar a que se olvidara. Pero no, eso no salió bien. A la maestra le pareció sospechoso que “una alumna pasara tanto tiempo en el baño” y fue a buscarla.

Y enseguida el altavoz de la escuela: “Renata Rodríguez, Renata Rodríguez. Presentarse inmediatamente en dirección”. Pero ella ya no estaba en la escuela, sólo su mochila.

Vitamina. Dormía tranquilamente la siesta de media mañana. Entraba un trocito de sol directamente hacia mi sofá, lo cual es un lujo en esta ciudad fea y fría. Soñaba que capturaba no una, ni dos, sino tres palomas enormes y regordetas al mismo tiempo. Eran como moscas para mí y yo era una especie de Catzila, atrapando a las aves sin inmutarme. Grande e imperial.

De golpe sonó el teléfono. Y más. Se esfumó mi sueño y como Salma estaba muy ocupada trabajando en su computadora y como no respondía le tuve que lanzar un poderoso meawww de desaprobación para que se ocupe del teléfono y yo pueda dormir la siesta. Pero eso ya no sucedió.

Salma. ¿Qué? ¿Cómo que no está? ¿Pero de qué me está hablando? No, no he ido por ella... ¡No! ¡No puede pasar esto!... Por favor interroguen al niño Uriel Islas Coronel, él debe saberlo todo. ¡Voy para allá!

Vitamina. Y por culpa de esa llamada todo se volvió bullicio.

Mauro. ¿Cómo puede salir así una niña de diez años de la escuela? ¡Increíble!

@salmona88

URGENTE

Ella es mi hija Renata Rodríguez Rivas, se escapó de la escuela Plan de Guadalupe hoy casi a las 11:00 am, según un video de la cámara de seguridad de la propia dirección escolar. Llevamos una hora buscándola, las autoridades ya están al tanto. Si alguien la ha visto por favor que me contacte o que llame al teléfono 771...

Uriel. Me llevan a la oficina de la directora, “córrele, Uriel”. Voy escoltado por dos maestras nerviosas y la portera me grita algo nada más verme pero no la escucho porque está detrás de los vidrios de la dirección, mueve los brazos por encima de su cabeza y ya de cerca me acusa de haberla distraído con chistes malísimos. ¿Cómo que malísimos? Si es de lo mejor de mi repertorio.

“Si pierdo este trabajo, será por tu culpa, niño”. Y cuando todas las mujeres me están mirando a punto de hacerme mil preguntas me tiro al suelo y convulsiono.

Bueno, no me convulsiono realmente.

Sólo cierro los ojos y tiemblo como cuando pones la mano encima de la licuadora.

También dejo que se me salga un poco de baba. Y sonidos como que estoy roncando, pero raro, es decir roncar ya es raro pero esto todavía más.

“Traigan sus medicamentos”, grita la directora. Y entonces sé que estoy ganando tiempo para Ren y que también soy un gran, gran actor.

Renata. Solamente espero que Uriel esté haciendo todo lo posible para ganar tiempo. Creo que estoy cerca. Transcribí las indicaciones que encontré en Google maps en mi libreta de historia: Subir al tuzobus (robé la tarjeta de mi mamá), bajar en el centro,

caminar, bueno, en mi caso correr por la avenida hasta el parque Pasteur. Dar vuelta a la derecha. Luego a la izquierda. Pasar enfrente de una escuela grande.

Y aquí voy. Pienso que ahora soy como las jugadoras de las tuzas: que abren la boca para meter más aire a pesar de estar cansadas. En cómo corrían sin importar nada. Recuerdo cómo se ponían las manos en las rodillas para descansar y eso hago cuando hay un semáforo o cuando tengo que esperar a que crucen los autos. Sigo. No hablo con nadie, no me detengo, sólo veo mi libreta.

Uriel. “Maestra, en el pastillero de Uriel no hay pastillas, bueno sí, pero son unas Tic-Tac de naranja y de fresa; mire, pruébelas”. Y yo escuchando todo desde el suelo. Creo que mi convulsión ya no era tan creíble. Pero insistí. “¿Qué está pasando aquí Uriel?” “Te levantas ahora mismo y me explicas todo”.

Y no, no soy un niño pastilla. Soy más que eso. Soy mucho más que alguien con un diagnóstico al que un médico después de media hora de escuchar a mi mamá le dijo: “Tiene impulsividad, falta de atención e hiperactividad. Lo mejor será comenzar un tratamiento psiquiátrico, de inmediato”.

Soy más que eso. Soy más que un niño “loco-que-antes-corría-mucho-y-no-ponía-atención-y-ahora-qué-tranquilo-es”. Soy más que “una enfermedad muy común a esta edad, casi una epidemia”. Soy más “que el niño que quiere llamar la atención”.

Y sí, sí estuve en tratamiento unos meses, pero poco o poco lo retiraron. Las pastillas no tienen que ser para siempre. Me comprometí a ser un mejor Uriel, sin necesidad de medicamento. Y cuando me dan ganas de levantarme de la butaca, de salir corriendo, de gritar por todo el salón, de trepar un librero, de morder una pared, de quitarle las

bisagras a una puerta: pienso en un chiste. Trato de mantener mi cabeza en el siguiente chiste. Trato de hacer reír a alguien. Por eso ya no hay pastillas. No. Porque yo puedo sin ellas: ¡Tengo conmigo a la comedia!

“¿Y eso qué tiene que ver con tu compañera Renata Rodríguez, Uriel?” “¿Qué?”.

Renata. ¡Por fin! ¡Lo logré! Leo: Des-pa-cho de ar-qui-tec-tura. Segunda planta. Pero yo quiero, tengo que llegar a la azotea. Ahí es donde tienen la cabeza las construcciones y edificios. Y sí es bonita la oficina, qué tenía razón E.

Uriel. Y cuando ya no tuve más recursos ni escapatoria tuve que confesar: todo.

Vigilante. Buenos días, tardes ya. A quién viene... Mejor dicho: ¿A quién vienes a ver?

Renata. Ehhh... ¿Cómo llego a la azotea del edificio?

Vigilante. ¿Perdón?

Renata. Bueno, al último piso.

Vigilante. ¿A quién visitas?

Renata. Soy hija del arquitecto Rodríguez. Pero quiero...

Vigilante. Ah, sí me había dicho que tenía una hija, no tenía el gusto, eh.

Renata. Me encargó que subiera a la azotea.

Vigilante. ¿Para qué? Porque él no está...

Renata. Es... Algo secreto, entre nosotros.

Vigilante. Pero es peligroso para una niña y no te puedo acompañar hasta arriba porque tengo que cuidar la entrada.

Renata. Pero tengo que...

Vigilante. Y además tu papá me dijo que ya no regresaba hoy, que iba a una cosa de tu hermanito... Qué bonito es, ¿verdad? ¿Oye, y tú también vas a ser arquitecta?

Renata. ¿Hermanito?

Vigilante. ¿No?

Renata. ¿Tengo un hermanito?

Vigilante. Uy, ya ni qué decir, ¿verdad?... ¿No sabías?

Renata. No necesité subir a la azotea, ni hablar con la señora oficina. La policía de la entrada me lo dijo todo. ¡Tengo un hermanito! ¿Por qué mi papá lo ocultó? ¿Por qué traicionó a mamá? ¿Por qué son así los papás?

No sé de dónde ni cómo pero es como si lágrimas, miles de ellas estuvieran esperando para salir en una carrera y de golpe alguien les dijera: listos/fuera. Y salen todas. Salen con mocos y con falta de aire también.

Y es cuando yo también salgo corriendo hacia la calle y una mano me atrapa.

Vigilante. Me puedo equivocar una vez, pero nada más una. Está muy raro que una niña venga sola hasta aquí y más cuando no está su papá. Y por cierto, antes de dedicarme a la vigilancia y el cuidado de los bienes inmuebles en la seguridad privada, practiqué la lucha libre, así que esta niña no se me iba a escapar. ¡Claro que no!

Salma. Cuando llegué estaba sentada en el lugar de la vigilante, con los ojos llorosos. Nunca había sentido tanta angustia en tan poco tiempo. Nunca. La abracé como si hubiera pasado un año o diez sin verla. Y no solamente una hora y media.

Salma. Ren, mi amor, ¿estás bien?

Renata. Sí, mamá.

Salma. No vuelvas a hacernos esto, por favor, por favor. Ay... Qué angustia.

Renata. Tengo que decirte algo, algo importante...

Salma. Sí, amor. Claro que sí...

Renata. ¿Sabías que Agatha Christie desapareció durante 11 días?

Salma. ¿Qué?

Renata. Sí mamá, Agatha Christie desapareció en 1926 y todos la buscaban. Su auto apareció destrozado cerca de un lago, estaba chocado, sin frenos. Dentro del auto, la policía encontró su abrigo de piel, una maleta con algo de ropa, restos de sangre y una licencia de conducir vencida. La buscaban más de mil policías y quince mil voluntarios. La presión del público era enorme. Luego de once días de desesperación, el 14 de diciembre Agatha reapareció. Estaba en un exclusivo hotel y se había registrado como Teresa Neele. Ahora, lo que más intrigaba a todos era por qué se había escapado. Agatha guardó silencio. No les dijo qué hacía allí, ni cómo había llegado, ni reconoció a su esposo. Pero aquel episodio había arrancado en la mañana del día que desapareció. Durante el desayuno quedó en shock: Su marido Archie Christie le pidió el divorcio. Estaba enamorado de otra mujer y quería pasar el fin de semana con ella y unos amigos. Esa mujer tenía diez años menos que Agatha y era su amiga: Nancy Neele.

Salma. ¿De qué estás hablando, Renata?

Renata. No entiendes nada. ¡Mi papá es Archie Christie!

Salma. ¿Qué?

Renata. ¡Tiene otra familia! Primero Uriel vio a papá con un bebé, luego yo encontré un calcetín en el auto, que por cierto olía a talco y ahora la señora policía lo confirmó... Yo también estoy enojada con él. ¿Lo vas a matar? ¿Sí?

Salma. No Ren, ya lo sabía.

Renata. ¿Qué?

Salma. A ver... Tu papá y yo hicimos ese acuerdo hace mucho tiempo, desde antes de que tú nacieras, cuando éramos novios.

Renata. ¿De qué hablas?

Salma. Tu papá y yo nos amamos, mucho. Pero ya no podíamos estar juntos, así que decidimos ser amigos, seguir con nuestras vidas como amigos y también como tus papás; eso es lo más importante. Y teníamos el acuerdo de que cada quien buscara siempre la felicidad, sin descuidarte ni hacerte daño...

Renta. ¿Pero cómo?

Salma. Yo sé que en algunos cuentos el final dice: Y vivieron felices para siempre. Pero eso sólo es el comienzo de una relación. Después pasan muchas cosas. Nosotros éramos felices, pero a veces el amor se va a acabando y se convierte en otra cosa...

Renata. ¿Entonces mi papá tiene dos esposas?

Salma. No. Tú papá y yo nunca nos casamos. Y él no tiene otra esposa... Tiene una pareja y se quieren mucho. Quizá se casen, eso no lo sé...

Renata. ¿Tú la conoces?

Salma. Sí, lo conozco. Se llama José Luis. Y acaban de adoptar a un niño que tiene un año y medio. Por fin, después muchos trámites, hace poco les aprobaron la adopción.

Renata. ¿A mí papá le gustan los hombres?

Salma. Y las mujeres también, yo siempre lo supe.

Renata. Sí él tiene pareja, ¿tú también?

Salma. No, yo sólo me veo con algunas personas a veces, pero no tengo pareja. Cuando tú te vas con la abuela los fines de semana, aprovecho para hacer mi vida...

Renata. ¿Qué? ¿Por qué no me habían dicho nada?

Salma. Seguramente nos equivocamos, pensábamos que eras muy niña.

Renata. ¡Los odio, los odio!

Mauro. Llegué a la oficina y me di cuenta que Salma y Renata ya habían hablado. No dijimos nada, sólo nos subimos al coche en el que tantas veces viajamos felices o tristes por un partido de fútbol. De hecho pasamos a un costado del estadio y sentí nostalgia de saber que quizá Renata ya no querría volver a ir conmigo a un partido. Y que probablemente me odiaba.

Silencio.

—VI—

Renata corre con Vitamina hacia la azotea, sus padres abajo.

Mauro. ¿Pero por qué la dejaste subir? ¿No es peligroso?

Salma. Tiene bastantes protecciones la azotea y además Vitamina la cuida.

Mauro. Qué obsesión tiene con las azoteas. ¡Quería subir a la de mi oficina!

Salma. No sé qué encontró ahí, pero es su lugar feliz.

Mauro. Deberíamos hablar con ella. ¡No puede salir así de la escuela!

Salma. Dale tiempo, dale tiempo. Es mucha información para ella. Ya estará muy, pero muy castigada por esto después. No sabes cómo me sentí hoy, fue horrible...

Mauro. Yo estaba igual hasta que me llamaron de la oficina...

Salma. Sí... Menos mal. Oye, ¿sabes qué me dijo la directora de la escuela?

Mauro. ¿Qué?

Salma. Que Uriel no toma medicamentos. Sólo son placebos...

Mauro. ¿En serio? Ese niño no deja de sorprenderme.

Salma. Que se controla con chistes.

@salmona88

Para las personas que se preocuparon: mi hija está bien,
fue sólo un susto. Se medio enteró que su papá tenía otra
familia y relación (caos). Pero todo bien, pronto se le
pasará. Quizá nos supimos cómo decirlo.

Sigue...

Por cierto, yo lo sabía y estaba más que hablado con Mauro, su padre. Un acuerdo civilizado, nada de ocultarlo ni de mentiras. Pero ella aún no lo entiende, el mito del amor romántico, ya saben. Mi abuelo sí que nos sorprendió el día de su velorio, cuando apareció otra familia (suya) a dar el pésame. ¿Y ustedes cómo se enteraron que su papá/abuelo/esposo tenía otra familia?

@ferbono2

En respuesta a @salmona88

Iba a remodelar la casa de su otra familia y dio la dirección de la casa de mi mamá y así nos enteramos, mi medio hermano mayor tenía 13 años, igual que mi hermano el más joven...

@marindelpalacio

En respuesta a @salmona88

Una vez nos fuimos de emergencia a buscarlo porque estaba internado y nadie sabía a dónde había viajado. Entré a su correo para conseguir unos papeles y vi los mensajes y transferencias de manutención con la mamá de "Manuelito".

@sebasdetol

En respuesta a @salmona88

Yo vi a mi papá cargando a su otro hijo en los hombros durante un desfile en mi ciudad, sentí como un balde de agua fría, pues con nosotros nunca salía a nada. Cabe resaltar que yo sabía desde que su amante estaba embarazada y sí me dolió, pero verlo en persona... Lloré mares.

@francesco12

En respuesta a @salmona88

Mi papá trabajaba en la armada y se quedaba unos meses en Veracruz. Hace unos años me llamó una niña desde su celular diciendo que ella y su hermanita eran mis hermanas y me querían conocer

@forabolsonaro2

En respuesta a @salmona88

Cuando mis papás ya estaban separados una llamada anónima a mi mamá informaba que el hijo de mi papá acababa de nacer y que dejara por las buenas de pedir manutención, solamente que confundieron la voz y la noticia me la dieron a mí, de 12 años.

Renata se acuesta en la azotea.

Renata. ¿Por qué no me dijeron nada? ¿Y por qué no me di cuenta?

Vitamina. Porque los adultos también se equivocan.

E. Mmm... De hecho sí te diste cuenta, detective.

Renata. ¡Entonces ya no quiero leer cosas de misterio ni de nada parecido! Yo quería ser lectora no protagonista.

Vitamina. A veces por no herir a la gente que queremos nos guardamos cosas. Como cuando no dije que había roto la persiana de la sala... Fue sin querer.

Renata. ¿Entonces sí fuiste tú? Y todo el mundo culpando a Uriel. Ay, Vitamina...

E. A las personas y he notado que también a los michis, les cuesta decir lo que sienten.

Vitamina. No es tan fácil. Entre más pasa el tiempo pasa más nos guardamos todo...

Renata. Pero soy su hija. No deberíamos tener secretos.

E. Uy, eso sí que no. Los padres tienen muchos secretos, algunos no los sabrás nunca. Yo sí, pero es porque lo veo y lo siento casi todo.

Renata. Pero esto es importante. Debí saberlo...

E. Tienes razón. Pero tampoco te tienen que pedir permiso para rehacer su vida...

Renata. Nunca pensé que la primera persona que me rompería el corazón sería papá...

E. En eso estoy de acuerdo, pero no lo hizo con mala intención.

Renata. Estoy triste. O enojada. O no sé cómo. No tiene ni sentido lo que siento.

E. Crecer es acostumbrarse a que el mundo no siempre tiene sentido.

Renata. Cada vez menos.

E. Pero mira el lado bueno: ahora eres una hermana mayor.

Vitamina. ¿Y yo? Entonces yo soy la hija de en medio. Ay, no. Los de en medio siempre son los más desdichados y los más perturbados. Ay, mísera de mí...

Renata. E... ¿Me abrazas?

E. Claro que sí, Renata.

Renata. Y cómo no te voy a querer y cómo no te voy a querer, si mi corazón es tuyo... Y cómo no te voy a querer y cómo no te voy a querer...

Vitamina. Me pongo encima pero si una paloma viene me quito, eh. Y ni modérrimo.

Renata. Por cierto, sí seré una gran hermana mayor, que lo sepan. También quiero conocer a ese bebé.

Renata en posición fetal. Vitamina encima.

El edificio la abraza mientras ella canturrea.

E. Con todos mis pilares, muros y vigas, desde los cimientos hasta la cubierta impermeabilizada y llena de suciedad por las asquerosas palomas, con todo el concreto y ladrillos y acero y conexiones y varillas que tengo, abrazo a esta niña que canta sin alegría las canciones de su equipo en lo alto de un edificio, su edificio, mientras el viento hoy curiosamente sopla apacible como si también la quisiera cuidar, acariciar.

Una niña que no termina de entender que los padres también se equivocan o que cambian de opinión o que forman familias diferentes a los cuentos clásicos. Porque son humanos, no personajes de una película.

Y los humanos también se remodelan, modifican su fachada o se deconstruyen, se derrumban o se agregan pisos, algunos incluso hasta cambian de uso de suelo.

Lo bueno es que esta niña ya dijo que será una gran hermana mayor. Y entonces todo estará bien, pero hoy, hoy la dejo que lllore y cante mientras su gata le ronronea.

Oscuro.